

1. Se veía desde allí el Guadarrama entre dos casas altas; hacia el Oeste, el tejado del cuartel de la Montaña ocultaba los cerros de la Casa de Campo, y a un lado del cuartel se destacaba la torre de Móstoles y la carretera de Extremadura, con unos olivos de viento en sus inmediaciones. Más al Sur brillaban, al sol de una mañana de abril, las manchas verdes de los cementerios de San Isidro y San Justo, las dos torres de Getafe y la ermita de Cerrillo de los Ángeles.

Poco después salía Iturrioz a la azotea.

–¿Qué, te pasa algo, Andrés? –le dijo a su sobrino al verle.

2. Texto 1. –Hijo –exclamó–, ¿quién te ha metido en la cabeza semejante desatino? Tu padre no salió jamás de su tierra, y ha sido la honra de su casta. ¿Dónde encontrarás un corral como el que tienes? ¿Dónde un montón de estiércol más hermoso? ¿Un alimento más sano y abundante, un gallinero tan abrigado cerca del andén, una familia que más te quiera?

Texto 2. La isla de la Giudecca era una parte de Venecia a la que Brunetti no iba casi nunca. Se ve desde la *piazza* San Marco. Se ve, en realidad, desde toda la parte posterior de la isla, de la que, en algunos lugares, no dista más de cien metros, pero existe en un extraño aislamiento del resto de la ciudad. Las sórdidas noticias que aparecen en los periódicos con embarazosa frecuencia, de niños mordidos por ratas o de gente que es hallada muerta de sobredosis, siempre parecen ocurrir en la Giudecca. Ni siquiera la presencia de un monarca destronado y de una estrella de cine en el ocaso han podido redimirla a los ojos de la gente, que la considera un lugar siniestro y abandonado, en el que ocurren cosas horribles.